

DISCURSO

pronunciado por Neftalí Arce en el solemne acto de la colocación de la Primera Piedra de la Casa del Pueblo en Cali, el 1.º de Mayo, el que levantó una polvareda entre la burguesía

(CONCLUSION)

La libertad de los individuos no es un hecho individual, es un producto colectivo. Nigún hombre podrá ser libre fuera y sin el concurso de toda la humana sociedad. Los individualistas, los moralistas y los economistas burgueses pretenden que el hombre puede ser libre fuera de la sociedad, porque la sociedad fue fundada por un contrato de hombres anteriormente libres. Esa teoría, proclamada por Juan Jacobo Rousseau, el escritor más nocivo del siglo XVIII, el sofista que ha inspirado a todos los revolucionarios burgueses, esa teoría denota una ignorancia completa tanto de la naturaleza como de la historia. No es en el pasado, ni en el presente que debemos buscar la libertad de las masas; es en el porvenir, es en esa jornada de mañana que debemos crear nosotros mismos, por la potencia de nuestro pensamiento, de nuestra voluntad y de nuestros brazos. Si exceptuamos a Rusia, que es un punto luminoso en las tinieblas de la sociedad contemporánea, no ha habido jamás en ninguna parte del mundo libre contrato; no ha habido sino brutalidad, estupidez, iniquidad y violencia.

La libertad política no fundada sobre la igualdad económica y social es un engaño. En un Estado democrático, por ejemplo, todos los hombres mayores de edad, que gozan de la plenitud de todos sus derechos de ciudadanía tienen la facultad de ejercitar todos los derechos políticos y desempeñar todas las funciones del Estado. El último hombre del pueblo, el más ignorante puede y debe ejercer todos esos derechos y desempeñar esas funciones. Pero tal poder no es sino facultativo para los hombres que hacen parte de las masas populares y no podrá convertirse en una realidad a menos de una transformación radical de la sociedad, digámoslo claro, a menos de una revolución social. Esos pretendidos derechos políticos ejercidos por el pueblo no son pues sino una vana ficción, porque para desempeñar convenientemente las funciones y sobre todo las altas

funciones del Estado es necesario poseer un alto grado de instrucción. El pueblo carece absolutamente de esa instrucción. Es su culpa? No, la culpa la tienen las instituciones. El deber de todos los Estados verdaderamente democráticos es el de esparcir la instrucción a manos llenas en el pueblo. Pero hay un Estado fuera de Rusia que lo haga? No hablemos de los Estados monárquicos, que tienen interés en mantener a las masas en la ignorancia. Hablemos de los Estados republicanos y democráticos en donde la instrucción superior está monopolizada por los burgueses, porque los hombres del pueblo, los trabajadores de las ciudades y de los campos no tienen los medios de sostener, es decir alimentar y vestir a sus hijos durante todo el tiempo de sus estudios. Para darse una instrucción científica es necesario estudiar hasta la edad de veinticinco o treinta años. Y yo os pregunto cuáles son los obreros que tienen la posibilidad de sostener a sus hijos tan largo tiempo. Ese sacrificio es superior a sus fuerzas porque ellos no tienen ni capitales ni propiedades y porque viven al día de sus pequeños salarios que apenas les alcanza para sostener a sus numerosas familias. Y algunas veces esos salarios son tan miserables que ellos se ven obligados a condenar a sus pobres hijitos a trabajar doce y catorce horas diarias para ganar unos miserables centavos. Esa es la instrucción que los obreros pueden dar a sus hijos; y no pierdo más palabras para probaros, estimados camaradas, a vosotros que sabéis por experiencia que en tanto que el pueblo trabaja no para sí mismo sino para enriquecer a los detentadores de la propiedad y del capital, la instrucción que él podrá dar a sus hijos será siempre infinitamente inferior a la de los hijos de la burguesía, lo que constituye una grande y funesta desigualdad social que encontraréis en la base misma de la organización de los Estados. Una masa forzosamente ignorante y una minoría de privilegiados que si no

es siempre muy inteligente es por lo menos bastante instruída. Y esa minoría instruída gobernará eternamente a las masas ignorantes. No se trata sólo de la desigualdad natural de los individuos; esa es una desigualdad a la que estamos forzados de resignarnos. El uno tiene una organización mejor que el otro, el uno nace con una facultad natural de inteligencia y voluntad más grande que el otro. Pero esas diferencias no son tan grandes como se pretende. Aún bajo el punto de vista natural, los hombres son poco más o menos iguales, sus cualidades y sus defectos se compensan. No hay sino dos excepciones a esa ley de igualdad natural: los hombres de genio y los idiotas. Pero las excepciones no constituyen la regla, en general se puede decir que todos los individuos humanos valen lo mismo y si existe diferencias enormes entre ellos en la sociedad actual, ellas tienen su fuente en la desigualdad monstruosa de la educación y de la instrucción y no en la naturaleza.

El niño dotado de grandes facultades, pero nacido en una familia pobre, en una familia de trabajadores que viven al día de su rudo trabajo cotidiano, se verá condenado a la ignorancia, que en lugar de desarrollar una de todas sus facultades naturales: él será el trabajador, el jornalero, el enriquecedor forzado del burgués. El hijo del burgués, por el contrario, el hijo del rico por más torpe que sea recibirá la educación y la instrucción necesarias para desarrollar lo más posible sus pobres facultades; él será un explotador del trabajo, el amo, el patrón, el legislador, el gobernador. Por más bestia que sea, hará leyes para el pueblo, contra el pueblo y gobernará las masas populares.

Se dirá que en un Estado democrático el pueblo no escogerá sino a los buenos. Pero, cómo reconocerá a los buenos? El no tiene ni la instrucción necesaria para juzgar lo bueno y lo malo, ni el tiempo necesario para aprender a conocer los hombres que se proponen a su elección. Además

esos hombres viven en una sociedad diferente a la suya y no van a descubrirse delante de Su Majestad el Pueblo Soberano sino en el momento de elecciones y una vez elegidos le voltean la espalda. Y por otra parte, como esos hombres pertenecen a la clase privilegiada, a la clase explotadora, aunque sean excelentes como miembros de la sociedad y de sus familias, serán siempre malos para el pueblo, porque naturalmente ellos querrán conservar siempre esos privilegios que constituyen la base misma de su existencia social y que condenan al pueblo a una esclavitud eterna.

La igualdad política aún en los estados más democráticos es, pues, un engaño. Lo mismo sucede con la igualdad jurídica, con la igualdad ante la ley. La ley es hecha por los burgueses en beneficio de los burgueses. Por consiguiente, el rico podrá atacar e insultar impunemente a los trabajadores, porque no existe justicia para el pueblo. ¿No vimos hace algunos días que un industrial arrojó a la calle injustamente a unas obreras, y que los poderes públicos no han sido capaces de hacer justicia sino que por el contrario se han puesto en favor del magnate explotador? (*) Hasta tanto que no haya igualdad económica y social, hasta tanto que una minoría cualquiera pueda hacerse rica, propietaria y capitalista no por el propio trabajo de cada cual sino por herencia, la igualdad política será una farsa. Queréis saber cuál es la verdadera definición de la propiedad hereditaria? Es la facultad hereditaria de explotar el trabajo colectivo del pueblo y de subyugar las masas. Hé aquí lo que los héroes de la Revolución Francesa no comprendieron. Hé aquí lo que los grandes revolucionarios rusos, imbuídos de las doctrinas marxistas y animados de un espíritu revolucionario,

(*) El magnate a quien se refiere el orador es el señor Antonio Dishington, súbdito noruego, propietario que es hoy de la Fábrica de Tejidos de esta ciudad.